

RECENSIONES

MAURICE DUVERGER: *Introduction à la politique*. Collection Idées. París, Gallimard, 1964; 382 págs.

El fecundo autor científico-político francés se ha decidido a elaborar una introducción a la Política a título de «ensayo personal», a pesar de la dificultad de la empresa en el Occidente de 1964, precisamente por la dispersión y la falta de una teoría de conjunto, como sucede en el mundo comunista. «El problema, para Duverger, no es edificar una nueva teoría occidental enfrentada a la teoría marxista, sino considerar las ideas de unos y otros como perspectivas relativas y parciales que deben integrarse en una síntesis global. «El ensayo es, pues, un bosquejo que, a juicio del autor, pueda constituir una aportación unificadora de las teorías democráticas

1. *Las dos caras de Janus*.—Desde que los hombres meditan sobre la política, oscilan entre dos interpretaciones diametralmente opuestas. Para unos, la política es, en esencia, *lucha*, un combate; el poder permite a los individuos o grupos que lo detentan asegurarse el dominio de la sociedad y lograr beneficio de ella. Para otros, la política constituye un esfuerzo para asegurar el orden y la justicia, el poder permite realizar el interés general y el bien común contra las reivindicaciones particulares. Para los primeros, la política mantiene los privilegios de una minoría sobre la mayoría. Para los segundos, es un medio de realización de la *integración* de todos los individuos dentro de la comunidad y crear la Ciudad justa. La esencia misma de la política, su propia naturaleza y significación, es la de que siempre y en todas partes es ambivalente. La imagen de Janus, el dios de doble cara, expresa la realidad política más profunda; según Duverger, «la verdadera representación del Estado».

2. *Los factores de lucha*.—El combate político se desarrolla sobre dos planos: de un lado, entre hombres, grupos y clases que luchan para conquistar, participar o influir en el poder. Del otro, entre el poder que manda y los ciudadanos que le resisten. En este combate o lucha intervienen diversos tipos de factores que el autor clasifica en seis categorías: factores biológicos, psicológicos, demográficos, geográficos, socio-económicos y culturales.

Estos diversos factores, según el lugar y tiempo, constituyen la base o plataforma desde donde se proyectan las diversas,

3. *Formas del combate* político, integradas fundamentalmente por instituciones, sistemas de valores y representaciones colectivas. Los antagonismos se desarrollan en el interior de ciertos cuadros técnicos generales que se llaman regímenes políticos: democracia occidental, dictadura, monarquía tradicionalista, etc. Dentro de estos cuadros se enfrentan organizaciones de combate, una especie de ejércitos políticos: partidos y grupos de presión. Estas organizaciones emplean diversos medios de acción para atraerse o acercarse a la victoria: dinero, número, encuadramiento colectivo, propaganda. La lucha se desenvuelve de acuerdo con una estrategia que generalmente utiliza diversos camuflajes ideológicos para llegar mejor a sus objetivos. Duverger desarrolla en otros tantos capítulos los temas anteriores: regímenes políticos, partidos, grupos de presión, medios de lucha, estrategias, núcleo del combate político y que con algunas innovaciones vienen a reconsiderar y unir los elementos tratados por él en otras de sus obras. Destaca su interpretación sobre las «armas del combate», de las que la política excluye por principio el empleo de la violencia física. «El primer objetivo de la política es eliminar la violencia, sustituir los conflictos sangrientos por formas de luchas menos brutales. La política comienza más allá de la guerra, civil o internacional. Es combate, pero también limitación del combate. Sin embargo, la política que tiende a eliminar la violencia no llega completamente a eliminarla nunca.»

Hasta aquí se examinan los antagonismos, su naturaleza y sus medios, pero la otra cara de Janus político es la de la integración. Cómo llegar del antagonismo a la integración supone una interacción permanente de los dos factores y, por tanto, la reconsideración de los elementos analizados en un nuevo cuadro integrador. Casi todas las ideologías políticas consideran que la lucha engendra integración, que el desarrollo de los antagonismos tiende a su supresión y encamina hacia un orden social auténtico. «En la oposición cada partido ve la política como lucha, en el poder la óptica se transmuta en integración.» En Occidente se estima realizada la integración o muy próxima a través de técnicas de relaciones públicas o con tratamientos psicoanalíticos; por el contrario, en el Este se piensa que pasan por la fase transitoria hacia la sociedad justa. Parece que la oposición Este-Occidente versa sobre la velocidad de evolución de la lucha a la integración, no sobre la propia evolución. Sin embargo, «el fin de los conflictos que acarrearía el advenimiento de la sociedad de «abundancia» o «la fase superior del comunismo» parece probablemente inscribirse en la teoría de las utopías. Algunos conflictos tienden a mitigarse, otros se insertan cada vez con mayor fuerza en el horizonte de la lucha política».

La integración supone no sólo la supresión de los conflictos, también el desarrollo de las solidaridades. La supresión de los conflictos comporta dos aspectos: limitar el combate, que a su vez tiene tres fases, una primera, primitiva, en la que el poder no es suficientemente fuerte como para impedir que los adversarios se enfrenten por la fuerza física; una segunda, las formas bárbaras y brutales se consiguen sean reemplazadas por formas de violencia más civilizadas: pillaje, huelga, trabajos forzados, prisión, *lock-out*; una tercera, último estadio, la política elimina completamente la violencia física y la sustituye por otras formas de combate: batallas electorales, debates parlamentarios, discusiones en las comisiones, etc. «Los procedimientos democráticos son, por tanto, medios de expresión de las luchas políticas, más moderados, menos brutales que la violencia física, sustituyen la batalla por la discusión, los fusiles por el diálogo, la superioridad de los músculos o de las armas se ve desplazada por los resultados electorales. La ley de la mayoría es una forma más civilizada, menos brutal que la ley del más fuerte.» El segundo aspecto en la evolución se refiere al establecimiento de un primer compromiso relativo a las reglas del nuevo modo de desarrollarse los combates. Al entrar en los compromisos de fondo y no de forma se entra también en el terreno más propicio a la integración, se trata de realizar ajustes entre los intereses en liza. La democracia, en general, recurre a organizar los procedimientos de compromiso en confrontación permanente por medio de la negociación, más excepcionalmente al arbitraje, que algunos identifican con la autocracia. El último eslabón de la integración se realizaría, si los anteriores antagonismos de hombres y grupos pueden ser suprimidos, en la verdadera solidaridad, que parece ser un instinto profundo del hombre, un resorte esencial de la vida colectiva que tiende a expulsar los egoísmos, los compartimentos estancos, las existencias separadas, donde cada uno esté ligado a los demás no por compromisos jurídicos, ni por los mecanismos de la división del trabajo y el intercambio, ni por las cadenas del deber y el haber, sino por la comprensión mutua, el altruísmo, el amor. «Bajo formas diferentes Marx y Teilhard de Chardin piensan que este sueño no es quimérico y que la evolución de la humanidad tiende a realizarlo.»

No obstante, la edad de oro sigue siendo inalcanzable por cuantos conflictos en el seno de las sociedades aparentemente más evolucionadas siguen produciéndose (nunca acaba la lucha por la libertad y la igualdad), la integración entre naciones desarrolladas y subdesarrolladas introduce nuevas formas de conflicto internacional, naciones burguesas y naciones proletarias, dos mundos, uno rico y otro pobre, se enfrenta.

Duverger concluye apuntando en una dirección de convergencia de los desacuerdos entre occidentales y marxistas, a pesar de las diferentes concepciones

nes que se hacen de sí mismos. La convergencia se orienta hacia el socialismo que aproxima en profundidad a los países socialistas y a los Estados Unidos y Europa occidental. Tanto unos como otros es probable que no salgan de las democracias populares o del sistema capitalista, pero unos y otros parecen dirigirse hacia el socialismo por un doble movimiento: de liberación en el Este, de socialización en el Oeste. Que este movimiento tenga obstáculos, sea largo, dé pasos falsos, es probable, sin embargo, parece irresistible. Los países del Tercer Mundo constituyen una incógnita, aunque sí puede inducirse que no podrá modernizarse por vías capitalistas ni tampoco por el establecimiento directo de un socialismo realmente democrático. Diversos modelos se tienen a la vista. China, Cuba, algunos países africanos, pero ninguno parece haber encontrado la mejor vía posible.

Después de señalar que tres hechos masivos deben destacarse: la superioridad técnica de la producción planificada sobre la producción capitalista, la imposibilidad de construir una verdadera comunidad humana sobre la base de los principios capitalistas, y la desvalorización de estos principios, Duverger estima: «Una cosa parece cierta: la convergencia de evoluciones del Este y el Oeste hacia el socialismo democrático —los países del Tercer Mundo van por el mismo camino aunque con un gran desnivel—, si bien las diferencias de culturas y tradiciones sean demasiado profundas para desaparecer enteramente, los hombres no se liberan de su pasado ni escapan totalmente de su historia». El denominador común que tiende a la uniformidad está constituido por el progreso técnico general.

M. M. C.

LA SOCIOLOGIA DE LAS COMUNICACIONES DE MASAS EN FRANCIA

El estudio científico de los problemas relacionados con la información y los medios de comunicación de masas no ha logrado todavía en Europa un desarrollo comparable al de los Estados Unidos. Sin un encuadramiento disciplinario académico definido, sin una metodología probada y eficaz, sin una determinación generalmente aceptada de cuáles deban ser los objetivos a lograr y las metas a alcanzar, este tipo de estudios ha vegetado a este lado del Atlántico reducido a lo que estrechamente se ha llamado «periodismo» y que, en realidad, no ha sido más que un heterogéneo conjunto de cuestiones de diverso origen e importancia en el que se incluían desde pretenciosas filosofías o teologías de la noticia y normas de deontología profesional hasta reglas empíricas de carácter elemental relativas a la preparación y confección de un pe-

riódico, pasando por los inevitables análisis jurídico-positivos y por complejas especulaciones en torno a la naturaleza y límites de la libertad de prensa o del papel del Estado en este terreno.

En los Estados Unidos, por el contrario, se captó desde un momento relativamente temprano, la incuestionable dimensión social de las *mass communications*, encuadrándose su estudio como un capítulo de la Sociología y utilizando para la investigación en este sector los mismos métodos contrastados en el análisis del resto de los fenómenos sociales. De este modo han obtenido estos estudios rango universitario, se han creado facultades, departamentos y centros de investigación, se han invertido grandes cantidades en los mismos y se ha producido una ya amplísima bibliografía, fruto en gran medida de las investigaciones concretas realizadas por la creciente legión de expertos en estas materias que han desarrollado su trabajo al amparo de esas instituciones. Algunas de las más importantes tendencias seguidas por estos estudios, así como ciertos resultados de los mismos han sido comentados en esta REVISTA por el profesor Jiménez Blanco en su artículo «La Sociología de las comunicaciones masivas en los Estados Unidos» (núm. 127, pág. 49). Por otra parte, nuestras secciones de recensiones y de noticias de libros han dado cuenta de las principales publicaciones sobre tales temas que han venido apareciendo. Por su valor en cuanto síntesis de las principales líneas de investigación destacamos el libro de Charles Wright *Mass Communications*, reseñado en el núm. 115 (pág. 199).

El impacto de este ejemplo americano se ha dejado sentir en Europa, sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial. A raíz de entonces se ha iniciado una cierta sistematización estimulada por la creación de centros para el estudio de la opinión pública y para la investigación de los problemas informativos. Han empezado a publicarse revistas especializadas y se han redactado, y en muchos casos publicado, tesis doctorales sobre la materia. Fruto de toda esta actividad ha sido un extraordinario crecimiento de la bibliografía europea en estas cuestiones.

De los países europeos ha sido seguramente Francia el que ha hecho más y mejores aportaciones en este sector. Alain Girard ha publicado un excelente estudio en el número monográfico del *International Social Science Journal*, dedicado al tema «Communication and Information» (Vol. XIV, número 2, 1962), en el que bajo el título «The sociology of information in France. Present stages of research work» estudia las principales obras producidas, las tendencias de la investigación y los centros de trabajo organizado. Las figuras de Kayser, Pinto, Terrou, Ellul, los estudios publicados por la Fundación Nacional de Ciencias Políticas, la Colección *Kiosque*, las tareas del Instituto Francés de la Opinión Pública y su revista *Sondages*, los *Etudes de Presse*

publicados por el Instituto Francés de Prensa, *Communications* publicada por el Centro de Estudios de Comunicaciones de Masa que dirige G. Friedman..., he aquí un conjunto de nombres, de instituciones y de revistas que muestran bien claramente el desarrollo obtenido en Francia por los estudios sobre temas de información y de comunicaciones de masas.

La producción bibliográfica francesa en estas materias se está enriqueciendo continuamente con nuevos títulos. Vamos a ocuparnos de tres obras aparecidas recientemente y que son un buen índice de cuanto llevamos dicho (1).

El primer libro es una obra de conjunto que intenta dar una visión general del sector. Nos referimos a *La Presse dans la société contemporaine*, de Bernard Voyenne, volumen con el que se inicia la serie «Société politique» de la Colección U, que se propone facilitar a los estudiantes que comienzan sus estudios superiores o a otros grupos interesados, obras de síntesis que den una visión panorámica de los distintos saberes, permitiendo —por lo que se refiere a esta serie política— la comprensión de los datos esenciales de la vida política, económica y social.

Quizá sea esta pretensión de trazar un cuadro completo, en este caso del mundo de la información, la causa de que algunos aspectos estén insuficientemente desarrollados. Así el capítulo primero, que intenta hacer un estudio de la comunicación en la sociedad industrial, es demasiado simplista y poco convincente. La caracterización que hace Voyenne de la sociedad de masas es inaceptable y no tiene en cuenta las últimas investigaciones en este campo, repitiendo los tópicos de la «vacuidad moral e intelectual», de la «identidad absoluta de los individuos», de la «imposibilidad de comunicación» y otras afirmaciones similares desprovistas de carácter científico. Al escribir que la prensa es «prácticamente la única fuerza que forma e informa la masa» se desconocen las teorías del *two-step-flow* y de los *influentials* desarrolladas por Lazarsfeld y sus colaboradores tras concluyentes investigaciones empíricas.

Sin embargo, tras esta introducción un tanto tópica y poco lograda, Voyenne consigue describir, somera pero completamente, toda la problemática de las comunicaciones de masas. Como se indica en la propia presentación de la colección el estudio está centrado en Francia. Una constante aportación de datos y estadísticas contribuye a perfilar de modo claro el mundo informativo francés.

La primera parte del libro de Voyenne está dedicada al análisis de las em-

(1) BERNARD VOYENNE: *La Presse dans la société contemporaine*. A. Colin. París, 1962; 328 págs. JACQUES KAYSER: *Le Quotidien français*. A. Colin. París, 1963; XII+169 páginas. FRANCINE BATAILLER y otros: *Analysses de Presse*. Presses Universitaires de France. París, 1963; XII+236 págs.

presas de prensa. Los aspectos económicos y técnicos, el número y clase de periódicos y de estaciones de Radio y Televisión, las grandes agencias de prensa, el estatuto jurídico de la prensa y de los periodistas, los problemas planteados por la distribución y la publicidad son otras tantas cuestiones que, sin profundizar, son presentados de un modo bastante claro.

La segunda parte de *La presse dans la société contemporaine* se ocupa de el público. Tres cuestiones principales son examinadas aquí: la composición del público, los comportamientos del público y la influencia de la prensa. Es ésta la parte del libro que es más perceptible al influjo de la sociología de las comunicaciones de masas norteamericanas.

Finalmente, en la tercera parte se vuelve a las cuestiones teóricas y al hilo de dos temas: el de «la conquista de la libertad» y el de «la lucha por la responsabilidad»; se hace una descripción de los principales sistemas comunicativos. Voyenne concluye su obra con unas nuevas consideraciones sobre el valor de la información contemporánea. «Por primera vez desde la ciudad griega —escribe— los asuntos públicos se tratan delante de todos en una nueva *ágora* en la que el más humilde de los habitantes de la ciudad no es un súbdito sino un personaje cuya voz contará el día del voto, no tanto sino mucho más que la de un rico vecino. Pues, en efecto, su nombre es legión.» Todavía más, señala Voyenne, pues «la prensa es gran parte la causa, si no profunda, al menos eficiente de una mundialización que ofrece un campo prodigioso tanto a los esfuerzos creadores como a los conflictos destructores». Es de agradecer, desde luego, que se adopte una actitud tan realista, reconocedora de las inmensas posibilidades de la información, en un momento en que se están prodigando demasiado los lamentos alarmistas ante la «explosión informativa» de nuestra época considerada como factor de despersonalización y masificación del hombre contemporáneo que para esta visión pesimista habría perdido casi por completo su intimidad como consecuencia del permanente «lavado de cerebro» a que le someten los modernos medios de información. Creemos que ya es hora de plantear la cuestión en sus justos términos. No parece probable que se pueda demostrar que en otras épocas o en otros tipos de sociedad el hombre haya podido realizarse más plenamente a sí mismo ni tampoco se podrá hacer ver que el efecto de los medios de comunicación sea ni nocivo ni irresistible. Cuando se pasa del terreno de la pura especulación al de la investigación empírica se comprueba cómo los hechos no son, ni mucho menos, como gustan de presentarlos estos profetas del catastrofismo.

Otro de los méritos del libro de Voyenne es su bibliografía seleccionada, que ha puesto al final de cada capítulo, así como los textos que reproduce. Se

trata, en suma, de un libro que puede cumplir muy bien su misión de introducción al campo de las comunicaciones de masas.

* * *

El segundo de los libros de que nos ocupamos es obra póstuma de Jacques Kayser, uno de los más conocidos especialistas franceses en problemas de información, cuya labor ha sido a la vez pionera en este sector y muestra de una madurez indudable en muchos aspectos. *Le Quotidien français* es el estudio más completo publicado hasta ahora sobre la prensa diaria francesa, pero su valor radica, sobre todo, no en el acopio de datos, sino en la metodología estabilizada. «El objeto de esta obra —escribió Kayser en el *Avant-Propos*— es el de sugerir un método de estudio de la prensa diaria, intentando con su aplicación descubrir y estudiar el diario francés tal como él es, es decir, el producto acabado, entregado a la clientela. No me dejaré, pues, influenciar ni por los móviles o las intenciones de los que le preparan, ni por las impresiones experimentadas por los que le leen.»

Tres partes y tres anexos constituyen la obra de Kayser. La primera —que repite el título del libro— consta de cuatro capítulos, el primero de los cuales contiene las definiciones; se siguen las dadas por el Comité de expertos en la normalización internacional de libros y periódicos, reunidos en París en 1961 bajo los auspicios de la UNESCO. El segundo capítulo hace la historia de los diarios franceses y analiza su distribución geográfica. El tercero y el cuarto se ocupan de la personalidad del diario que para Kayser viene dada por dos elementos: *la ficha señalética* y *el dossier de identidad*. La primera contiene los datos fundamentales del diario siendo una especie de documento de identidad, que establece el «estado civil» del periódico, según señala Kayser. Son quince las cuestiones a que responde: nombre (e indicaciones que le acompañan); sede de la administración y de la redacción; periodicidad; momento de la aparición (mañana o tarde); fecha del primer número; zona principal de difusión; tirada (con indicación de la fuente); precio; formato (páginas y columnas); nombre y dirección del impresor; características extraordinarias de la vida del periódico; lugar de conservación de las colecciones; ficheros o *dossiers*. El *dossier de identidad* sirve para darnos la fisonomía, siempre compleja, del periódico y comprende cinco partes: estructura jurídica y financiera; condiciones de fabricación; condiciones de distribución; organización de la redacción; línea y acción políticas. Kayser aplica después esta metodología a la prensa diaria francesa, aunque no logró terminar su trabajo a causa de su muerte.

La segunda parte del libro, «la morfología del diario», constituye un aná-

lisis de contenido. En el capítulo primero, «los elementos de estructura», se hace un estudio de todos los periódicos de París (salvo *Le Populaire*) y de los 21 diarios de provincia que tiran más de 100.000 ejemplares, tomando como período de examen la semana comprendida del lunes 25 al sábado 30 de septiembre de 1961. Se estudian la superficie total impresa y la dedicada a publicidad, la titulación, las instrucciones y la superficie redaccional. Como es lógico, una serie de gráficos y tablas reflejan los resultados de las comparaciones entre los distintos periódicos. El segundo capítulo de esta parte examina «las unidades redaccionales», esto es, los elementos de base de que consta el periódico que Kayser estudia y clasifica de acuerdo con los siguientes criterios: según el género; según la fuente; según el cuadro geográfico; según la materia.

La tercera parte, «Apreciaciones metodológicas», consta de un capítulo dedicado a reglas y procedimientos que decantan la enorme experiencia acumulada por Kayser a lo largo de sus años de entusiasta dedicación al estudio de la prensa. Los dos capítulos finales contienen un intento de valoración (*mise en valeur*) de los diferentes elementos del diario. Durante el proceso de fabricación —escribe Kayser— las materias reciben un tratamiento, especialmente tipográfico, que confiere al contenido del periódico su verdadera significación. La forma que revisten, el emplazamiento que se les da, la titulación de que se les provee, la presentación final que reciben, los valoran. «Esta valoración (*mise en valeur*) es el medio por el que los dirigentes o los redactores de su periódico atraen, desvían, acrecientan, disminuyen, neutralizan la atención del lector...» Esta *mise en valeur* está en función de varios elementos repartidos en tres categorías: emplazamiento (página y lugar en la misma); titulación (columna, altura y superficie; contenido de la misma); presentación (ilustración, tipografía, estructura). También habría que tener en cuenta la selección, es decir, lo que el periódico no ha publicado. Kayser ha llegado a atribuir a los tres elementos de la *mise en valeur* unos coeficientes fruto de varias experiencias, con lo que se puede cuantificar este análisis. Es una lástima que no haya podido terminar sus estudios en este terreno, pero, desde luego, la línea de investigación sugerida por la frustrada madurez de Kayser es susceptible de rendir todavía muchos frutos, ya que, como señala en el prefacio Pierre Renouvin, en el espíritu de su autor esta obra era un punto de partida. Sus aportaciones tienen en muchos aspectos el carácter de definitivas, por lo que ningún especialista en el estudio de los medios de comunicación de masas, y más concretamente en el de la prensa, puede permitirse el desconocer esta obra.

El interés despertado en Francia por los estudios sobre temas de informa-

ción está patente en el tercer volumen, del que queremos ocuparnos, y que abre una nueva colección por medio de la cual la Facultad de Derecho y Ciencias Económicas de París quiere dar a conocer los resultados de los trabajos realizados por sus equipos de investigación y especialmente los producidos por jóvenes especialistas. Es muy significativo que la primera obra que se publica en esta colección, *Analyses de Presse*, contenga tres estudios sobre problemas de información, que son los textos de otras tantas memorias redactadas para la obtención del Diploma de estudios superiores de Ciencia política.

El primero de estos estudios, del que es autora Francine Batailler, es un «Estudio comparativo de *Paris-Match* y de *Jours de France*, período de mayo de 1958 a abril de 1959». Tras hacer la presentación general de las dos grandes revistas francesas y precisar algunas cuestiones de método, Batailler hace un análisis anatómico (cubiertas y sus temas, número de página, publicidad, superficie redaccional, rúbricas y espacios que se les dedica, fotografías). Una serie de gráficos y de tablas ayudan a ver mejor las comparaciones realizadas. La publicidad, las rúbricas no políticas y, finalmente, las políticas son objeto de examen especial. Esta última temática es muy interesante, ya que el período estudiado es precisamente el del establecimiento de la V República. Como conclusión, Francine Batailler señala que parece que asistamos a la regresión de la prensa de opinión «destronada por estos gigantes de la «prensa de industria», más hábiles en explotar los gustos del público, del que se hacen, ocasionalmente, esclavos sumisos.

«La ideología del *Canard Enchaîné*» es el título del segundo estudio, del que es autor Alain Schifres, que ha sabido analizar con buen éxito la ideología de este conocido periódico, no conformista, que ha sido calificado en alguna ocasión de «fenómeno único en la prensa mundial», representante de una izquierda liberal e individualista en la que no faltan, sin embargo, los toques de socialismo. El estudio de Schifres no utiliza técnicas cuantitativas, lo que no obsta para que sea un verdadero análisis de contenido que logra captar los principales rasgos del periódico objeto de examen.

El tercero de los estudios contenidos en este volumen se titula «La Sociología de los lectores de la prensa económica y financiera» y se debe a Claude Tannery. Los datos son de 1961 y se refieren a 28 periódicos de carácter económico-financiero. La falta de estadísticas completas ha llevado al autor a centrarse sobre todo en el estudio de los suscriptores, ya que estima que sus características son representativas de la de los lectores. Tannery estudia la tirada, la difusión geográfica, la difusión socio-profesional y la psicología de los lectores que señala pertenece fundamentalmente a dos grupos: los pro-

fesionales de las finanzas y de la Bolsa y los ahorradores. El estudio tiene interés por abordar un tema, la información económica, hasta ahora muy descuidado y que por su importancia merece ser analizado.

ALEJANDRO MUÑOZ ALONSO

MICHEL DRANCOURT: *Les clés du pouvoir*, con un epílogo de Louis Armand. París, Librairie A. Fayard, 1964; 238 págs.

El poder está en las grandes empresas y en el Estado. En las grandes empresas porque «son los principales agentes del progreso técnico y económico. La organización social gira más y más alrededor de ellas» (pág. 11); líricamente, «los domicilios sociales son los monumentos que simbolizan la época, semejantes a los castillos de tiempos pasados» (pág. 43), o, en la frase de Armand, en el epílogo, la empresa es *la cellule du siècle* (pág. 233). En el Estado, porque «doquiera, en Oriente y en Occidente, se acrecienta el papel del Estado en la vida económica» (pág. 45), porque «las decisiones que comprometen esencialmente la vida de la comunidad son las de elección de las inversiones... y [en Francia] del 40 al 50 por 100 de las inversiones son directa o indirectamente realizadas, provocadas o controladas por el Estado, los organismos públicos y las empresas públicas o nacionalizadas» (pág. 48).

Tras una demostración convincente de ambas afirmaciones, se pasa sin solución de continuidad al tema siguiente; a saber: dónde están las llaves de ese poder, quién controla los resortes de la gran empresa y del Estado. En cuanto a la gran empresa, Drancourt apenas se cree obligado a hacer no ya una investigación a fondo, sino ni siquiera una comprobación somera, de un hecho obvio para él. Disociados propiedad y poder en las estructuras empresariales, hecho que también se da por no necesitado de demostración, el poder reside en los directivos, en los *managers*, en la terminología norteamericana que el libro acepta. En cuanto al Estado, el libro hace la declaración temática de que el Poder no lo ejerce el político, sino el tecnócrata, «el hombre que ejerce una actividad gracias a su capacidad técnica, generalmente el alto funcionario, cuyos conocimientos son de tal forma indispensables, que el Poder político, cualquiera que sea su color, difícilmente puede prescindir de sus servicios» (pág. 9). Son ellos, los tecnócratas, los que controlan los grandes servicios administrativos y los que tienen los puestos clave en la actividad económica estatal, y son ellos los que se hallan allí

donde las decisiones son las importantes, allí donde se planean y se deciden las inversiones.

La pieza clave de la dominación conjunta de *managers* y tecnócratas para el ejercicio de su poder es el Plan. El plan francés, en gran medida hoy un plan indicativo, surge de un acuerdo o consenso, pero este acuerdo es el que entre sí celebran *managers* y tecnócratas (de las 3.137 personas que han participado en los trabajos encargados de la preparación del cuarto plan, hoy en desarrollo, el 47 por 100 eran funcionarios y expertos, y el 40 por 100, jefes de empresa o representantes de Sindicatos patronales; pág. 74).

Estos *barones que nos gobiernan* (tal es el título del capítulo III) son intercambiables entre sí, surgen de un mismo y muy restringido medio social y pasan a través del mismo proceso educativo, en gran medida controlado por la Escuela Politécnica, y en alguna parte hoy, por la Escuela Nacional de Administración. Pero la escuela práctica de formación es, realmente, en la mayoría de los casos, la función pública, que, en parte, retiene a sus altos funcionarios, y en parte, los deja ir al sector privado; las empresas intentan «asegurarse los servicios de hombres con experiencia pública» (pág. 17), que, una vez adaptados a la actividad privada, componen el hombre completo preparado y experto para las tareas de dirección propias del *manager*. E indudablemente las Compañías privadas francesas tienen éxito en su intento; las páginas 115 y 116 del libro contienen una impresionante lista de ex inspectores del Ministerio de Hacienda que ejercen funciones directivas de responsabilidad en el sector privado. Y así, *managers* y tecnócratas, alumnos de las mejores escuelas francesas, surgidos generalmente de medios sociales «burgueses» o «aristocráticos» (el entrecorillado, del autor) como tecnócratas, controlan el Poder del Estado, y traspuestos al sector privado, como *managers*, el poder de las grandes empresas.

Tienen estos hombres «una elevada idea de su papel, y la ambición de orientar la civilización industrial en un sentido original (pág. 105). Este sentido es, al parecer, el de no precipitar a Francia en el torrente de un consumismo frívolo y desenfrenado; en evitar que la publicidad cree un paroxismo artificial de necesidades, asimismo artificiales y carentes de valor humano y moral, y posiblemente, en orientar el aparato económico, y a su través la vida social, hacia finalidades más elevadas en consonancia con la espiritualidad de la naturaleza humana. O, cuando menos, con una idea más completa de lo que el hombre debe seguir siendo, aún inmerso en una civilización industrial.

La pregunta inmediata es la de si estas ambiciones son de realización posible; la respuesta, rotunda, es la de que no lo son si tecnócratas y *managers* no salen del enclaustramiento representado por el ámbito francés. La

posibilidad existe, como posibilidad por lo menos, en un medio económico social europeo; «los barones de los tiempos modernos deben tener un soberano. Si un soberano europeo no tiene la potencia suficiente para hablar de igual a igual con los grandes del mundo moderno, el soberano se denominará sistema americano» (Drancourt, pág. 227). «Francia... está bien colocada para un salto cuántico; la órbita de alta energía está trazada: es Europa» (Armand, pág. 235). Esto no quiere decir que la esperanza de una *nueva* civilización industrial esté asegurada en el nuevo ámbito, pero sí que, cuando menos, existe como posibilidad. Sin ella, ni como posibilidad, ante la pequeñez de los recursos.

Lo anterior, creo, es la clave del importante libro que se comenta; quizá cupiera añadir que en él se examinan, sin exceso de convicción en cuanto a su virtualidad, los retos al poder compartido por el alto funcionario y el directivo empresarial: mandos intermedios, Sindicatos, empresas del sector terciario de la economía, labradores y campesinos, intelectuales y asesores jurídicos, etc. Sólo a un elemento se da relevancia, y la que se le da viene a confirmar la tesis previa: el de la presión insistente para el control de los mecanismos de producción de las empresas extranjeras, singularmente las norteamericanas, a través de sus inversiones.

Y una llamada no carente de patetismo a la resurrección del político, es del defecto de éste de donde viene la fuerza de los barones, y su mera presencia lo que está señalando es, de un lado, «la incapacidad de los hombres políticos para dirigir el mundo moderno», y de otro, «la falta de una fuerza política que verdaderamente favorezca el progreso de la civilización industrial». Hay que encontrar nuevos políticos que ocupen la plaza que les corresponde, que es la de arbitrar, sintetizar y orientar; pero para ello el político tiene que aprender «a actuar en función de lo posible y de lo real», lo que entre otras cosas quiere decir que «la política, para que sea tenida en cuenta, debe situarse allí donde puede tener un sentido: a nivel europeo» (pág. 226).

No creo que hecha la breve exposición que precede, que, por lo demás, se apoya en muchas ocasiones en citas textuales, sea necesario insistir sobre el interés del libro ni sobre su brillantez. Si se me permite, en todo lo anterior, y en la claridad expositiva, es un ensayo muy francés, cuyo empaque no se ve seriamente debilitado ni por alguna deficiencia muy concreta en el análisis ni por alguna afirmación excesiva, en cuanto no se ve fundamentada por el discurso que la precede, ni siquiera por un levísimo chauvinismo.

M. ALONSO OLEA

JÜRGEN HABERMAS: *Theorie und Praxis*. Sozialphilosophische Studien. «Política», tomo II. Abhandlungen und Texte zur politischen Wissenschaft. Editado por Wilhelm Hennis y Roman Schnur. Hermann Luchterhand Verlag. Neuwied/Rhein-Berlin, 1963; 378 págs.

En Aristóteles, la «política» formaba parte de la filosofía práctica. Esta tradición consiguió mantenerse hasta bien entrado el siglo XIX, aunque Hobbes, dos siglos antes, se había ya separado de la concepción aristotélica con su «the matter, forme and power of a commonwealth». Porque se trataba ya de una filosofía social. Quizá sin darnos cuenta, la política clásica nos resulta ser extraña en su triple aspecto:

1. Se la entendía como la teoría de la vida buena y correcta en el sentido de ser la continuación de la ética, ya que Aristóteles no veía diferencia alguna entre la constitución basada en los *nomoi* y el *etos* de la vida civil. Por consiguiente, la moralidad del obrar no podía ser separada de la moral y de la ley. Sólo la *Politeia* autoriza al ciudadano a hacer vida justa y moralmente buena. El *zoon politikon* es hombre sólo en cuanto su naturaleza se manifieste dentro del Estado-ciudad. En cambio, en Kant la conducta moral del individuo libre única y exclusivamente desde el punto de vista interno ya es completamente distinta de la legalidad, diríamos jurídica, que implican sus actos externos, públicos. Es porque la moralidad había sido separada de la legalidad, y la política, a su vez, de las dos. Por esta razón queda dudoso su contenido moral en cuanto una teoría utilitarista de la prudencia.

2. La antigua teoría de la política se refería exclusivamente a la práctica en el sentido estrictamente griego de la palabra. No tendría nada que ver con las cosas realizadas técnico-artificialmente por la sencilla razón de que la política siempre tiene como objetivo la formación del carácter. Procede pedagógica y no técnicamente. Sin embargo, para Hobbes la máxima evocada por Bacon (*scientia propter potentiam*) era ya una cosa completamente natural: la Humanidad debía su progreso a la técnica; en primer lugar, a la técnica política, que no sería otra cosa que una acertada organización de la sociedad en Estado.

3. Aristóteles insiste en que la política, y en términos generales la filosofía práctica, no puede medir sus fuerzas, en su exigencia de conocimiento, con la ciencia estricta (*episteme apodeictico*), ya que su objetivo (la justicia) se evade, en el contexto de la cambiante y casual práctica, a la estabilidad ontológica, de la misma manera que a la necesidad de la lógica. La potencialidad de la filosofía práctica es «fronesis», es decir, un entendimiento realista (prudente) de la situación de un momento dado. Lo que pasa es que la

tradición de la política clásica se apoya precisamente en este hecho, desde la *prudentia* de Cicerón hasta la *prudence* de Burke. Por el contrario, Hobbes pretende justificar científicamente a la política y a la ética. Ello porque somos nosotros mismos quienes creamos los principios de conocimiento de la sustancia, de la naturaleza, de la justicia (leyes y Convenios o Tratados). ¿El resultado? Que este argumento responde al actual ideal de conocer las cosas tal como son; ideal de las Ciencias Naturales por cierto, y que consiste en que admitimos la existencia de un objeto sólo en la medida en que lo podamos descubrir y averiguar, como tal, nosotros mismos.

En efecto, estamos en lo que, por un lado, se intenta hacer de la política como ciencia, y por otro, como instrumento de una ideología que, en realidad, no tiene nada que ver con la naturaleza humana.

Hasta el momento no disponemos de una auténtica ciencia política. Estamos, por el contrario, en su busca, con el fin de contribuir a la superación de la crisis que azota a la sociedad actual. Y no nos equivoquemos: si en el Occidente afirmamos que la sociedad socialista-comunista del bloque ruso-soviético no responde a la naturaleza del hombre como ser político, social, económico o religioso, los teóricos del marxismo y leninismo nos acusan de ser una sociedad explotadora, capitalista e imperialista... Entonces, ¿dónde está la verdad? En ninguno de los dos bandos. El tradicionalismo equivocado y defendido por el Oeste corresponde al revolucionarismo, también equivocado, propugnado por el Este. Ni más ni menos, porque los dos bloques profesan la *revolución*, esto es, la negación de la *verdad*. ¿Por qué? Porque la dialéctica de Hegel no era otra cosa que un sistema filosófico que pretendía sintetizar definitivamente el proceso histórico de la Humanidad. Recogiendo la Historia universal hasta su época, abrió el paso al marxismo-leninismo, que, lógicamente, reivindicara los derechos de ser la última fase de las creaciones teórico-prácticas de la Humanidad en lo concerniente a la vida social del individuo. Hegel se equivocó y nosotros aceptamos su filosofía como algo más «grande» en la historia del pensamiento humano. Esa es la tragedia de la época actual.

La expresión *revolución* sigue fascinando al mundo. Sólo que hay una diferencia entre el concepto de la *revolución* en el Occidente y en el bloque ruso-soviético. Cada uno de estos dos bandos entiende bajo *revolución* algo completamente distinto. Por ello no puede haber un lenguaje común. Lo cierto es que desde el principio mismo existía una relación íntima entre la filosofía y la revolución llamada burguesa, a pesar de que algunos filósofos no compartieran esta opinión. Algo como «evolución del Derecho natural» era una concepción filosófica creada, de repente y sin saber por qué, por la *revolución* misma, después de la independencia de las colonias inglesas en

Norteamérica, y aún más, después de la Revolución francesa... En realidad, la *revolución burguesa* tiene sus antecedentes, por ejemplo, en la separación de los Estados generales de la Corona española. Ello desde el punto de vista objetivo. Desde el ángulo subjetivo entonces se evocaba la conservación de los privilegios estamentales (como la proclamación de la independencia, de 26 de julio de 1581): a base del clásico Derecho natural era posible justificar una resistencia armada contra el Poder existente sólo en virtud de la continuidad del viejo y al propio tiempo eterno derecho de restauración, regeneración o reforma(ción) de una tradición jurídica, interrumpida tan sólo provisionalmente. Por si fuera poco, sólo un siglo más tarde se llega a esta expresión en Inglaterra debido a la «Glorious Révolution» de los Oraniers. Sin embargo, Wiclef, en Inglaterra; Hus, en Bohemia; Lutero, en Alemania; Calvino, en Suiza, son figuras revolucionarias por excelencia. La filosofía había sido llevada al campo de la práctica, transformada en la realidad, en virtud de los principios del derecho natural racional. En esta relación cabe preguntarse si puede haber (algún) derecho natural irracional (?), aunque hay que admitir que la evocación de los principios del Derecho natural clásico no era un acto revolucionario. Lo cierto es que la filosofía de Hegel es una filosofía de la *revolución* que nos persigue hasta la actualidad en su forma del materialismo dialéctico..., a pesar de que era un *idealista*. La «materialización» de su idealismo resultó ser mucho más fácil de lo que podía haberse supuesto entre los filósofos de todas las corrientes intelectuales, y no solamente de aquella época, sino incluso de la actual.

El pensador Schelling, que no era un filósofo político, pero que esporádicamente intentó penetrar en los problemas de orden político, había sido «actualizado» por Carlos Marx en conexión con la dialéctica hegeliana. Así, se prepara el camino de la incógnita entre filosofía y ciencia, o mejor dicho, de la confusión entre estas dos disciplinas científicas. El positivismo hizo lo que le correspondía hacer al respecto, rompiendo con la unidad entre teoría y práctica, como consecuencia de las ideas reinantes en la época inmediatamente anterior. Definitivamente, el «aristotelismo» se había ido al pasado... por razones bien determinadas, por razones del «progreso social y económico». Es decir, su validez había sido cortada y al mismo tiempo remitida a una época histórica sin poder reivindicar sus «derechos» de ser en el momento dado, que era el «momento» del auge de la Era «preatómica»..., podríamos decir a la hora actual. Es porque el factor *materia* se impondrá al del *espíritu*, lo cual quiere decir, vulgarmente, que el aspecto *económico* se universalizará de una manera incluso antinatural, antihumana, antipolítica, antisocial, antieconómica... Reflexionemos un poco... Este libro nos

ofrece instrumentos para comprender las contradicciones de un mundo en crisis, que buscará, a continuación, medios de revalorización de las ideas tradicionales aplicándolas a las condiciones modernas de la vida humana. Entra en acción la sociología desde el punto de vista crítico y conservador, porque la civilización se hace científica, tanto en la teoría como en la práctica, debido a los fenómenos representados por el dogmatismo, la razón y el sentido de decisión: Holbach, Fichte y Marx.

Ahora bien: continúa la discusión en torno a la obra de Marx y marxismo. Al parecer, convendría fijarse en dos motivos: 1. En los manuscritos de Marx *Economía nacional y filosofía*, de 1844, cuando el autor se encontraba exiliado en París, relativos a lo que más tarde se conocerá con la expresión de enajenación. 2. En la realidad constituida por la implantación y existencia del comunismo en el Estado de Lenin y sus satélites, lo cual, desde 1945, es un peligro de incalculables dimensiones para el resto del mundo. Lo cierto es que el marxismo pasa por un proceso filosófico y económico provocado desde fuera y desde dentro, cuyo resultado sigue sin producirse, entre otras cosas, en el terreno del sentido de la Historia desde el punto de vista del materialismo histórico. Claro está, la crítica al marxismo no llega tan sólo desde fuera, sino también desde diversos centros filosóficos del propio mundo comunista. Cabe mencionar el papel que desempeña en esta relación el alemán Ernst Bloch a través, o dentro, de la herencia retransmitida por la mística judía.

El autor actualiza con su estudio uno de los más agudos problemas con que se enfrenta la política actual: el problema de la relación entre la teoría y la práctica. Despierta en el lector un interés hasta polémico, sabiendo imprimir a sus consideraciones una neta huella de novedad al ocuparse de la política. Por esa y otras razones, la lectura parece ser bastante complicada, ya que invita a profundizar de antemano los conocimientos ya adquiridos. Esta profundización queda adscrita a la fuerza que necesariamente constituyen los problemas planteados diariamente por la política como ciencia y como práctica.

S. GLEJDURA

50 SEMAINE SOCIALE DE FRANCE: *La société démocratique*. (Caen, 1963). Sirey. París, 1963; 398 págs.

La Semana Social de Caen (como los conferenciantes anuncian insistentemente) es una especie de prolongación de la de Grenoble, que tuvo lugar en el año 1960. El tema de esta última fué «Socialización y persona huma-

na», y la conclusión general, la siguiente: el movimiento de socialización tiene una doble salida: puede llevar a la despersonalización del hombre (estandarización, gregarismo, falta de iniciativa y de criterio propios, etc.) o a su personalización.

La Semana Social de Caen, de que ahora nos ocupamos, toma el problema en el punto en que lo había dejado la anterior: se trata de encontrar el camino para hacer posible la segunda solución, esto es, para hacer compatibles la socialización y personalización. Este camino puede ser el de la sociedad democrática.

Se trata de un empeño de gran altura y de una orientación que en buena medida es nueva. Esta orientación descansa sobre los siguientes supuestos: el propósito final del socialismo (la extensión del bienestar material y espiritual a *todos* los miembros de la sociedad, en último término a todos los hombres) debe ser no sólo aceptado, sino defendido. Por consiguiente, se acepta también todo el aparato institucional que hay que poner en juego para conseguir esa finalidad: planificación, nacionalizaciones, estatuto de los medios de información, reforma de la enseñanza, etc. Pero a la vez es preciso que *todos* los individuos (y no solamente unos pocos, como ha ocurrido y ocurre todavía) participen activamente en *todas* las actividades sociales (y no solamente en algunas. Para citar el ejemplo más patente, piénsese en la constitución antidemocrática de la Empresa capitalista). Alain Barrère expresa muy bien esta idea central de la Semana cuando, después de hablar de «la democracia como mediadora entre la personalización y la socialización», escribe lo siguiente: «La sociedad democrática actual ve sus estructuras profundamente modificadas por el movimiento de socialización, que aporta a los ciudadanos nuevos medios de participación. Esa sociedad ha de darse a sí misma las instituciones políticas que, a partir de las nuevas estructuras, creen las condiciones favorables para el ejercicio de las responsabilidades personales» (pág. 28).

Desde esta postura central abordan los diversos ponentes una serie de aspectos concretos relacionados con el problema de la democracia moderna: A. Barrère estudia la «Socialización y democracia»; René Rémond, «El hecho de la socialización y las ideologías democráticas»; Jean Lacroix, «El hombre democrático»; Joseph Folliet, «La democracia según los diferentes tipos de cultura»; Louis Estrangin, «Grupos, partidos y fuerzas vivas en la democracia contemporánea»; R. P. Heckel, «La autoridad en la democracia contemporánea»; Henri Théry, «La participación»; R. P. le Guillaou, «Unidad y pluralidad»; R. P. Calvez, «Cristianismo y sociedad democrática»; Roger Gregoire, «¿Administración de las cosas o gobierno de los hombres?»; Jean-Louis Quermonnr, «El Poder y los poderes: las grandes funciones na-

cionales»; Maurice Flory, «La democracia en el cuadro local y regional»; Pierre Badin, «La democracia en la vida cotidiana»; Georges Hahn, «La educación del hombre democrático»; Bernard Voyenne, «La información del ciudadano»; André Jeanson, «Los conflictos sociales; participación y oposición»; Jean Boissonnat, «Hacia una economía democrática»; «Coloquio con Jacques Delors y Marcel Merle, bajo la presidencia de Alain Barrère sobre las instituciones del Estado democrático»; discurso final de monseñor Jacquemin, obispo de Bayeux.

El lector apreciará la imposibilidad de seguir con detalle exposiciones tan dispares. Por ello nos limitamos a exponer ciertas características generales comunes a todas ellas:

1. La Semana Social tiene clara conciencia de un hecho que aparece cada día con mayor evidencia: hasta el momento de la democratización se ha mantenido en zonas relativamente periféricas de la sociedad (principalmente en los Parlamentos); pero, en cambio, toda una serie de instituciones y estructuras sociales de radical importancia para la vida del hombre conservan una constitución antidemocrática. Este es el caso de la Empresa, de la Universidad, de los medios de información e incluso de los partidos políticos. En todas estas instituciones existen centros de decisión en los que casi nunca están integrados la totalidad de los individuos pertenecientes a ellas. Las decisiones son adoptadas autocráticamente.

2. La raíz de esta constitución autocrática de las instituciones se encuentra en la existencia de minorías tecnocráticas que, apoyándose en la complejidad de los problemas con que se enfrentan las instituciones actuales logran controlar los centros de poder de las mismas. Este fenómeno no es aún bien conocido en todos sus detalles, pero su existencia es evidente. No menos evidente es su carácter antidemocrático. No habrá democracia auténtica mientras esta tendencia no se neutralice.

3. El problema de la democracia ha de plantearse en relación con los datos de la sociología. Una proclamación abstracta de ideales o exigencias democráticas es absolutamente estéril. Es necesario conocer las tendencias impuestas por las estructuras actuales para aprovechar los márgenes de acción que nos ofrecen y para realizar las oportunas transformaciones estructurales que den paso a posibilidades nuevas. Ninguna acción eficaz es posible sin una base estructural adecuada.

4. La sociedad actual, fuertemente socializada, encierra tendencias contrarias, pero también tendencias favorables a la democratización. La democracia existe, o sólo existe en estado embrionario, pero es posible y preciso construirla.

5. La democracia no es el régimen político consagrado por la Iglesia, pero

es perfectamente compatible con su espíritu y con su doctrina. Las palabras finales de la obra lo expresan claramente: «La contribución que los cristianos pueden y deben aportar a la sociedad democrática es capital. La Iglesia, sin pronunciarse por ningún régimen ni por ningún sistema político les ha indicado, a través de los documentos pontificios, que ve en el espíritu y en ciertas estructuras democráticas garantías para las personas y medios a través de los cuales el espíritu evangélico puede penetrar en la vida social».

LUIS G. SAN MIGUEL

W. H. GREENLEAF: *Order, Empiricism and Politics. Two Traditions of English Political Thought: 1500-1700*. Publicado para la Universidad de Hull por Oxford University Press. Londres, Nueva York, Toronto, 1964; VII + 299 págs.

Constituye el presente libro un estudio en historia del método de la ciencia política. Se analiza en él el método utilizado por los teóricos políticos ingleses en los dos siglos de mayor actividad y nervio de la historia británica, los siglos XVI y XVII, entre el divorcio de Enrique VIII y la gloriosa revolución de 1688. La «materia» que es objeto de estudio metódico queda así configurada con estos dos siglos de pensamiento político; pero, aunque el autor se centra en determinadas personalidades, no son éstas el objeto propio de la obra, pues el libro no es definido por los autores —más o menos agrupados por orden cronológico—, sino por las escuelas metodológicas que cubre. Ocurre así que dos de los autores más importantes del período, Hobbes y Locke, quedan fuera de la obra, aunque están presentes a lo largo de toda ella.

Greenleaf ha tratado de marcar la vertiente de dos corrientes del pensamiento político inglés, cada una con sus peculiaridades metodológicas. A un lado de la vertiente está la teoría tradicional del orden, la legitimidad y el monarquismo; al otro, el empirismo político, el estudio de la Historia y la defensa de los derechos del Parlamento. Pero la divisoria no es clara; no caen los autores a uno u otro lado de la vertiente como rivales en un campo de batalla, sino que, a lo largo de estos dos siglos de profunda transformación, se va evolucionando hacia una nueva concepción de la sociedad y del Estado, de modo que al final del período, en Locke, hemos ya salido de la Inglaterra medieval para entrar en la Inglaterra de nuestros días. Es curioso que a este cambio hayan contribuido, sin saberlo, los mismos defensores del orden tradicional a descubrir nuevos senderos para el pensamien-

to político, sobre los que más tarde Locke, Burke e incluso Blackstone levantarán sus construcciones.

Nuestra historia comienza en la Inglaterra de Enrique VIII, fiel vasallo del Papa romano, cuando el reino británico es aún un Estado medieval. La teoría política anterior inglesa coincide en todos los aspectos con la concepción tradicional del orbe cristiano. La superioridad del Papa ha sido atenuada por la teoría del poder indirecto, pero el Monarca sigue aceptando la sumisión a la Iglesia como elemento unificador del mundo cristiano. Dentro de la cristiandad hay un orden definido, reproducción del orden natural de las cosas; mientras el orden natural de las cosas está presidido por el Supremo Hacedor, el orden social está bajo la dirección de su vicario, el Papa, y a su vez, dentro de cada reino existe un orden propio. El Rey es el patriarca o cabeza del reino, por derecho divino, y su obligación es regir en beneficio de los súbditos. Metodológicamente, pues, la idea de orden es el elemento central, y los estudios políticos siguen un método que Greenleaf llama «de correspondencia»: justificar el orden terreno por su correspondencia con el orden natural de las cosas.

Pero con Enrique VIII se va a producir una transformación radical. La ruptura con la Iglesia empieza a quebrar los cimientos del orden tradicional, y aunque las consecuencias no se van a vislumbrar inmediatamente, un siglo después, con la ejecución de Carlos I y la inauguración del gran período revolucionario inglés, va a quedar patente el significado de la transformación. Uno de los elementos del orden cristiano, la subordinación al Papa, ha sido destruído; la labor de los teóricos ingleses va a ser la defensa de lo que queda del orden cristiano, con la Iglesia sometida al Rey.

El primer representante de la teoría tradicional que Greenleaf hace pasar ante nuestros ojos es el mismo Jacobo I, el delfín de Isabel, quien trata de mantener la Monarquía frente a católicos y puritanos. Sus escritos ofrecen una coherencia mayor de la que han reconocido estudios anteriores al de Greenleaf. Es una continuada defensa de la legitimidad real y del poder real frente a cualquier pretensión de autonomía del Parlamento. En el mismo sentido, Edward Forset construye una concepción de la soberanía, basada en similitudes con el orden natural y el cuerpo humano; se trata de un argumento que hemos de encontrar de nuevo en el *Coriolano*, de Shakespeare. Por último, sir Robert Filmer insistirá en la base patriarcal de la Monarquía. Es quizá Filmer quien inicia la fisura en la teoría política tradicional con su invocación de argumentos bíblicos. Con él, la Historia pasa a sustituir, en parte, a la comparación con el orden natural. A través de la introducción de la Historia es como el empirismo encontrará su camino en

la ciencia política inglesa, en la época en que Maquiavelo hace descubrimientos similares en Italia.

Existe, además, una recepción del pensamiento de Bodino en la Inglaterra clásica. Las teorías de la soberanía de Bodino son igualmente útiles a los monárquicos ingleses; con él se introduce simultáneamente el método histórico-didáctico. Pero todavía en Filmer y Bodino, orden e Historia están entrelazados. Francis Bacon, en cambio, altera de modo más profundo las bases del pensamiento político inglés, con su concepción de una ciencia empírica de la política. Sir William Petty, con su análisis estadístico de la política, sus estudios comparados geográficos y su preocupación económica, completa lo que Bacon sólo dejó esbozado. Harrington, con su estudio comparado de los regímenes de gobierno, aunque no sea científico de acuerdo con las escalas de valor actuales, abre igualmente las puertas al moderno empirismo político.

Al final del período, al terminar el siglo XVII, como hemos advertido al principio, los fundamentos metodológicos de la ciencia política inglesa han cambiado profundamente. Sin embargo, esta transformación radical no ha eliminado los vestigios de la antigua concepción, y todavía Locke está a caballo entre dos mundos. Es más, la teoría del orden será útil para comprender incluso la teoría contrarrevolucionaria de Burke a finales del XVIII, con su concepción de la sociedad como un todo, y su relación con el orden cósmico y la teología cristiana. Locke impulsará el racionalismo político, pero sin prescindir de la tradición heredada, en la forma de empirismo histórico.

El trabajo de Greenleaf ha sido ingente. Nuestro autor no se ha limitado a manejar dos o tres prototipos, sino que utiliza la totalidad del espectro literario y filosófico inglés, desde John Donne a Harvey, y desde Shakespeare, pasando por Milton, hasta Hobbes y Locke. El cuadro queda así plenamente iluminado. Quizá pueda constituir un buen ejemplo para los estudiosos de clásicos políticos españoles, pues no es posible tal análisis doctrinal sin adentrarse en el mundo literario de la época, en el pensamiento más «vivo» del teatro, la poesía y la novela. Para el análisis, Greenleaf no ha dudado tampoco en recurrir a los especialistas en historia, haciendo así una habilidosa combinación de disciplinas, que puede ser igualmente útil en la época del «bárbaro especialismo». El estudio del pensamiento político no puede desligarse del estudio del pensamiento y de la historia política en su conjunto si queremos obtener algo distinto de un frío cuadro expositivo de lo que dijeron *textualmente* los autores clásicos.

MANUEL MEDINA ORTEGA